

FRANCISCO WALKER LINARES

ACTUALIDAD Y PRESENCIA
DE PASCAL

ESTE AÑO Francia conmemora el tercer centenario de la muerte de Pascal, ocurrida en París el 19 de agosto de 1662; en la Sorbonne se ha realizado un acto solemne en su memoria, presidido por André Malraux, Ministro de Asuntos Culturales de la República; innumerables artículos y ensayos han aparecido en revistas, comentando y ensalzando su obra filosófica, científica y literaria, y analizando al hombre extraordinario, al cristiano austero; en la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont, donde se encuentra sepultado, se celebró una misa en su recuerdo. Tales homenajes se explican porque Pascal está muy cerca de nosotros en estos tiempos inquietos y angustiosos. Lo leemos como si fuera un pensador contemporáneo; con razón Boisdeffre lo considera el escritor más actual del patrimonio literario francés. Se siente su presencia en Bergson, en Camus, en Simone Weil, en el existencialismo cristiano, en la llamada literatura comprometida, "engagée", y en don Miguel de Unamuno. Se proyecta hoy día como la figura más representativa de ese excepcional siglo XVII de Francia, más que Descartes, y tanto como los grandes maestros del arte escénico, Racine, Corneille y Molière. Diríase que su influencia se va haciendo más universal con el devenir de los tiempos; el siglo XVIII, de mentalidad tan poco pascaliana, no lo comprendió; Voltaire y Condorcet no supieron entenderlo.

Admiramos en Pascal a uno de los genios más completos que ha producido la humanidad; fue filósofo, matemático, físico, agudo polemista, escritor de estilo claro, fluido, elegante, apologista insigne; vemos en él a un visionario, el de la Noche de Fuego, a un místico de elevado vuelo, a un santo, entregado a Dios totalmente. Sus características humanas son interesantísimas, de rasgos muy originales; es un torturado, poseído de angustia, que en su estupor ante los abismos inson-

dables exclama: "el silencio eterno de estos espacios infinitos me espanta" ("Le silence eternal de ces espaces infinis m'effraie"). Lejos del intelectualismo cartesiano, da el predominio al corazón, incluso en la búsqueda de Dios: "El corazón tiene sus razones que la razón no conoce". "Es el corazón el que siente a Dios, no la razón. He aquí lo que es la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón". Pero no desdeña a la razón, y al efecto nos dice que hay "dos excesos: excluir la razón, admitir sólo a la razón".

La huella de la obra de Pascal es en mí muy honda y se hace sentir desde los lejanos días de mi niñez, cuando comenzaba a descubrir los tesoros de las letras francesas. Mi primer encuentro con el autor de "Los Pensamientos" data de un paseo en una tarde primaveral con mis compañeros del Colegio Stanislas de París; fuimos a Port-Royal des Champs en Chevreuse para visitar el sitio del antiguo monasterio, foco de espiritualidad, donde vivieron las religiosas y los solitarios jansenistas, y que fue arrasado por Luis XIV en 1710; apenas se ven unas cuantas ruinas, pero el profesor que nos guiaba supo evocarnos con tanta fuerza el pasado de ese lugar de virtud y de sabiduría y también de erradas interpretaciones teológicas, que la personalidad de Pascal quedó grabada en mi mente para siempre. Más tarde me atrajo el estudio de los sentimientos religiosos franceses en el siglo XVII y del jansenismo, bajo la influencia de la obra del Abbé Bremond y del Port-Royal de Sainte-Beuve; me interesaron los tres movimientos que desgarraron a la Iglesia de Francia en aquella centuria, enfocados con tanta maestría por Daniel-Rops, en el tomo de su Historia de la Iglesia, "L'Eglise des temps classiques: le grand siècle des ames". Tales movimientos fueron, además del jansenismo, el galicanismo, que defendía las libertades de la iglesia galicana frente a Roma, y el quietismo, doctrina mística, fundada en un abandono total y pasivo a Dios, en la entrega al amor divino. La magnífica pieza de Henri de Montherlant, "Port-Royal", obra de ideas y de emocionante dramatismo, ha contribuido a intensificar mi fervor pascaliano, aun cuando su acción transcurre en 1664, con posterioridad a la muerte de Pascal; en ella se presenta a las religiosas de Port-Royal de París, abnegadamente fieles a sus directores espirituales jansenistas, rebeldes ante la autoridad eclesiástica, "puras como ángeles, soberbias como demonios".

Dice Mauriac que amar a un libro significa confrontarnos con nosotros mismos; así me ha acontecido con "Los Pensamientos" de Pascal, esas reflexiones y meditaciones maravillosas que siempre me han acompañado; me ayudan, me conmueven, pero también me torturan; y

aún me desconciertan; en ellas más de alguna vez he querido buscarme a mí mismo. Admiro tanto a "Los Pensamientos" que los coloco en un plano análogo al de "La Imitación de Cristo". Cuando voy a París una de mis primeras visitas es a Saint-Etienne-du-Mont, la iglesia en donde se mezclan extrañamente un gótico retorcido cercano al Renacimiento con el barroco; en una capilla al fondo del templo, hay dos pequeñas lápidas que señalan las tumbas de dos genios, vinculados a Port-Royal: Jean Racine y Blaise Pascal.

Es de una intensidad apasionante la trayectoria de la corta vida de Pascal. Nace en Clermont-Ferrand, en la Auvergne, el 19 de junio de 1623, de una familia de alta burguesía ennoblecida; su padre, Etienne Pascal, era Segundo Presidente de la "Cour d'Aides", de aquella ciudad, es decir, magistrado de un Tribunal Superior de Impuestos; después desempeñó cargos semejantes en Rouen y en París; hombre muy culto, se interesaba por las ciencias, y en especial por las matemáticas; posteriormente recibió la influencia jansenista; fue el primer maestro de su hijo; Blaise Pascal tuvo dos hermanas que han desempeñado un papel importante en su existencia; Jacqueline, con notables disposiciones para el teatro, a los 16 años representó ante Richelieu; Blaise la inducirá a abandonar el mundo; se hará religiosa en Port-Royal, donde será Soeur Euphémie; Gilberte, Madame Périer, madre de Margarita, curada milagrosamente por la Santa Espina, escribirá sobre Pascal y sus austeridades.

Blaise Pascal fue un genio científico precoz, verdaderamente excepcional; a los 12 años compuso un tratado sobre el sonido, a los 16, su "Essai pour les coniques", a los 18 inventó una máquina aritmética para ayudar a su padre en los cálculos. A los 20, gozaba ya de un nombre en los medios de la ciencia. En 1646, a los 23 años, se operó lo que se ha llamado la primera conversión de Pascal; comprendió que el fin de la vida no es la ciencia, sino la santidad. Estudió algunas obras jansenistas, como el "Agustinus" de Jansenius, las "Lettres chrétiennes et spirituelles", del abbé de Saint-Cyran, el "Traité de la fréquente communion" de Arnauld; estos libros severos lo impresionaron fuertemente; a su vez convirtió a sus hermanas. Sin embargo, esta conversión fue más de inteligencia que de sentimiento. Su salud siempre precaria, sufrió graves quebrantos; semiparalítico escribió "Prière pour le bon usage des maladies". Los médicos le aconsejaron distraerse, y Pascal pasó por un breve período mundano; frecuentó amigos de alta condición, algunos de ellos libertinos, como se los llamaba entonces, pero en su vida no hubo nada de libertinaje. Sintió curiosidad por las cosas del amor, y se ha dicho que aún pensó en

casarse. En aquella época habría escrito el "Discours sur les passions de l'amour", cuya autenticidad se discute; en este breve ensayo se halla la famosa distinción (que después aparece en *Los Pensamientos*) entre el espíritu geométrico y el de "finesse", de finura, o sea, fino, sutil; "el primero tiene vistas lentas, duras e inflexibles; pero el último, el de 'finesse', tiene una agilidad de pensamiento que aplica al mismo tiempo a las diversas partes amables de aquello que ama. De los ojos va al corazón, y por el movimiento de fuera conoce lo que pasa dentro".

La exploración del mundo le fue útil para conocer a los hombres, pero también debía provocarle la decepción; palpó de cerca las miserias de la condición humana. Continuó no obstante, una fecunda labor científica, que lo colocaron en una situación preponderante entre los hombres de ciencia del siglo xvii, que fue siglo de sabios. Publicó estudios sobre el vacío; en "Equilibres des liquers" y "Pesanteur de l'air" formuló una teoría general del equilibrio de los fluidos y el principio de la hidroestática; en nada avanzaba sin una demostración previa. Fueron trascendentales las experiencias de Puy-Je-Dôme respecto a la presión atmosférica. Cabe recordar que ha sido uno de los creadores del cálculo infinitesimal; en varios de sus trabajos matemáticos, se contenía la substancia del cálculo diferencial e integral; con Fermet creó el cálculo de las probabilidades.

En 1654 se produjo la segunda conversión, la definitiva. Pascal era víctima de un atroz desgarramiento espiritual, se sentía como abandonado de Dios, resistiendo a la gracia. La influencia de su hermana Jacqueline, ya religiosa en Port-Royal, un accidente en Neuilly (no comprobado), un sermón de Mr. Singlin, oído en Port-Royal, fueron preparando una entrega total a Dios, la que se realizó súbitamente en la Noche de Fuego, visión de arrobamiento místico, encuentro misterioso del alma con Dios. En un apunte escrito por él mismo, relata lo ocurrido en el "Año de gracia 1654, lunes 23 de noviembre, día de San Clemente, papa y mártir y otros en el martirologio, víspera de San Crisógono, mártir y otros, desde más o menos las diez y media de la noche hasta alrededor de las doce y media. Fuego. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios"; en esta frase está sintetizada la concepción religiosa de Pascal, su Dios de la fe y sensible al corazón. En seguida, en un arranque de fervor supremo exclama: "Certidumbre (certitude). Certidumbre. Alegría. Paz. Dios de Jesucristo. Deum meum et Deum vestrum. Tu Dios será mi Dios". Poseído de la más intensa alegría espiritual, se desprende del mundo, se olvida de todo y se

entrega a Dios en un renunciamiento integral y dulce. Nos muestra su maravilloso estado de alma diciendo en frases entrecortadas: "Olvido el mundo y de todo, fuera de Dios, a quien no se encuentra sino por las vías enseñadas por el Evangelio. Grandeza del alma humana. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido. Alegría. Alegría. Alegría. Lágrimas de alegría... ¿Dios mío, me dejarás? que yo no sea separado eternamente. Esta vida es la vida eterna, que te conozcan como único y verdadero Dios, y a Aquel que has enviado, Jesucristo, Jesucristo. Yo me había separado de El: le he huido, renunciado, crucificado... Renunciamiento total y dulce. Sumisión total a Jesucristo y a mi director". En su aparente desorden, repitiéndose las palabras para que perduren en la mente, las anotaciones de Pascal llegan a un verdadero grado de sublimidad, y son la expresión de la más auténtica santidad cristiana.

A fin de vivir en la meditación, en la austeridad y en el renunciamiento, Pascal, en enero de 1655, dos meses después de la Noche de Fuego, se retiró a Port-Royal. Sin embargo, no fue uno de los solitarios, uno de los "messieurs", varones de gran cultura, dirigentes del jansenismo, que allí habitaban en las prácticas de piedad y perfeccionamiento. Era entonces el período álgido de la contienda jansenista, y de las discusiones sutiles, oscuras, violentas sobre las doctrinas de la gracia de Jansenius, interpretando a San Agustín, en su obra "Agustinus", compartidas por el abbé de Saint-Cyran, Arnauld, muchos teólogos y virtuosos sacerdotes y religiosos, y todo Port-Royal; estas luchas envenenaban al ambiente, tenían proyecciones políticas; la Sorbonne y los jesuitas combatían al jansenismo y lo tildaban de herético, de calvinismo simulado. Los jansenistas reducían en gran parte la libertad humana dentro de la colaboración misteriosa entre Dios y el hombre, a la inversa de los jesuitas que deban mayor campo a la libertad. El jansenismo era una forma en extremo rígida, desconsoladora y trágica del cristianismo; según esta doctrina amarga la gracia eficaz se da a muy pocos; la mayoría de los hombres no la reciben, y por lo tanto, su condenación es segura. El papa Inocencio x, en 1653, condenó cinco proposiciones del libro "Agustinus" de Jansenius; los jansenistas aceptaron esa condenación, pero sostuvieron que tales proposiciones no se encontraban en la obra de Jansenius; ello dio lugar a la distinción entre la cuestión de derecho y de hecho; las proposiciones eran heréticas en el derecho, pero en el hecho no aparecían en el "Agustinus", y en consecuencia, no había razón alguna para condenar a los jansenistas cuya ortodoxia católica era indiscutible.

Arnauld, llamado el gran Arnauld, la figura máxima de Port-Royal, fue censurado por la Sorbonne, y excluido de su Facultad de Teología por su "Lettre d'un docteur de la Sorbonne à une personne de condition"; en ella se afirmaba la sumisión de Port-Royal a la bula pontificia, pero se insistía en la distinción del derecho y del hecho; se formulaban extrañas interpretaciones sobre la gracia eficaz, sosteniéndose que según el Evangelio y los Santos Padres, San Pedro fue un justo a quien la gracia faltó en el momento de su negación de Cristo. Arnauld no queriendo "dejarse condenar como un niño", pero convencido de que sus escritos carecían de agilidad y soltura, solicitó a Pascal, que era joven y de brillante talento, que escribiera en defensa de la causa de Port-Royal. Ese fue el origen de *Las Provinciales*, terrible ataque a los jesuitas, obra en la cual Pascal se reveló como un hábil polemista, mordaz, sarcástico; y como el autor del mejor panfleto de la lengua francesa, al cual, a pesar de los tres siglos transcurridos, siempre se lo lee con vivo interés, admirándose su estilo impecable e incisivo. "*Las Provinciales*" contienen una serie de 18 cartas dirigidas a un Provincial por uno de sus amigos, a propósito de las disputas en la Sorbonne. La primera apareció anónima, el 23 de enero de 1656; las siguientes tampoco fueron firmadas por Pascal, quién debió ocultarse para no ser encarcelado; se publicaban bajo el seudónimo de Louis de Montalte. Su éxito fue asombroso, sus lectores eran innumerables. Las tres primeras y las dos últimas tratan de la gracia eficaz y suficiente, de la gracia actual; como Pascal no era teólogo, los argumentos teológicos le fueron suministrados por Port-Royal.

Poco después de la publicación de la cuarta Provincial se produjo un hecho en el que vio Pascal el signo de la aprobación divina a su campaña; fue el milagro de la Santa Espina, que curó súbitamente de una gravísima úlcera lacrimal a su sobrina de diez años, Marguerite Perier, al ser tocada por una espina de la corona de Cristo, en la iglesia de Port-Royal de París; numerosos médicos comprobaron el prodigio. La aprobación del cielo la creyó confirmada en la siguiente frase del introito de la misa del día del milagro, viernes de la tercera semana de cuaresma: "Señor, haced estallar un prodigio en mi favor, a fin de que mis enemigos lo vean y sean confundidos".

Las otras Provinciales, de la v a la xvii, virulento y exagerado requisitorio contra los jesuitas, son de orden moral, y están redactadas como las demás cartas, en forma de interrogaciones y de diálogos animados e irónicos, poniendo en posición ridícula a los "buenos padres" de la Compañía. Se ataca a la casuística sutil y peligrosa, a

las restricciones mentales de los jesuitas, a sus métodos de moral acomodaticia, que llegan a excusar en ciertas circunstancias a muchos actos reprobados por la moral cristiana. Se hace referencia con burla e indignación a las opiniones probables que es permitido seguir para obrar conforme a nuestro gusto, comodidad o conveniencia, cuando no hay certeza absoluta; para los jesuitas, según Pascal, es probable toda opinión que cuente con la autoridad de un solo doctor "bueno y sabio". Por consiguiente, basta que una opinión sea probable, aun cuando otra sea más verdadera, para que podamos seguirla sin escrúpulos, si nos es ventajosa. Se citan al efecto numerosos textos de teólogos de la Compañía, según los cuales culpas gravísimas dejan de ser pecado; alude principalmente al jesuita español, el Padre Escobar, cuya *Teología Moral* se había impreso cuarenta veces.

Las Provinciales fueron la expresión de la severidad de Pascal en contra una tolerancia excesiva con el pecado; como bien lo dice Gouhier: "si las Provinciales tienen a menudo la apariencia de una comedia, en el hecho representan una tragedia". Quizás los jesuitas fueron un tanto acomodaticios en su afán de atraer a las prácticas religiosas a los grandes y a los libertinos del relajado siglo xvii, pero los ataques de las Provinciales carecieron de espíritu de justicia y de serenidad; se combatió a una orden que era el más sólido y disciplinado sostén de la Iglesia Católica frente al protestantismo, y el principal artífice de la Contrarreforma. La casuística acomodaticia de algunos jesuitas no podía envolver a toda la Compañía de Jesús.

El Pascal violento y combativo de las Provinciales jansenistas, difiere substancialmente del Pascal de los *Pensamientos*, la máxima creación del hombre genial y santo, del mismo visionario de la Noche de Fuego, todo renunciamiento, todo amor de Dios. Pascal preparaba una *Apología de la Religión Cristiana*, que no alcanzó a terminar, y de la cual quedaron numerosos fragmentos escritos en pequeños pedazos de papel en sus noches de insomnio y de enfermedad; su recopilación ha constituido los *inmortales Pensamientos*. Hay de ellos numerosas ediciones, desde la primera llamada de Port-Royal, de 1669, que se creyó durante mucho tiempo definitiva; en 1842, Víctor Cousin demostró que los Solitarios habían hecho muchas alteraciones y supresiones. Entre los textos actuales cabe recomendar el de Brunshvieg; sin embargo, el orden mismo de los fragmentos ha sido imposible de establecer.

En los *Pensamientos*, cuya forma literaria es perfecta, sin una palabra de más, se encuentra lo mejor de la filosofía pascaliana. Su apologética no se basa en argumentos teológicos, ni en demostraciones;

para Pascal se llega a Dios con el corazón, se lo siente, y cuando se lo busca es porque ya se lo ha encontrado. "Conocemos la verdad no solo por la razón, sino también por el corazón". Si se tiene dificultades para creer, más que la búsqueda de las pruebas, es necesario el vencimiento de las pasiones, y debe obrarse como aquellos que creen, mediante prácticas piadosas; la razón sola es incapaz, repite Pascal con frecuencia; "la oración es el supremo recurso de la razón que desfallece". Nos dice: "humillaos razón impotente, callaos naturaleza imbécil... oíd de vuestro amo vuestra condición verdadera que ignorais. Escuchad a Dios". Y agrega: "Jesucristo y San Pablo tienen el orden de la caridad, no del espíritu; quieren confortar, no instruir". "Aquellos a quienes Dios ha dado la religión por sentimientos del corazón están felices y bien legítimamente persuadidos". Este concepto de una religión basada en el corazón, en la caridad, nada tiene de jansenista.

El problema de la salvación no sólo lo obsesiona, sino que lo indigna la indiferencia de los hombres frente a algo tan trascendental en que se juega toda una eternidad: "La inmortalidad del alma, expresa, es una cosa que nos importa tanto, que nos toca tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para serle indiferente sin saber en qué consiste... Esta negligencia en un asunto en que se trata de ellos mismos (de los hombres), de su eternidad, de su todo, me irrita más que lo que me enternece; me sorprende y me espanta". "Entre nosotros y el infierno y el cielo, sólo hay la vida que es la cosa más frágil del mundo".

Según Pascal, no podemos conocer ni la existencia ni la naturaleza de Dios porque no tiene ni extensión ni límites; siendo la razón impotente para ello, sólo por la fe conocemos su existencia. Sin embargo, como para el hombre es esencial saber que Dios existe, Pascal propone una extraña apuesta, su célebre "pari". El hombre jugará por o en contra de la existencia de Dios; si juega por su existencia, juega por lo que es infinito, o sea, por la probabilidad de lo infinito sobre lo finito. En cambio, si apuesta en sentido contrario, desaparecen las probabilidades. Esta opción de carácter práctico entre dos posiciones frente a la vida y a la eternidad, estaba hecha para los libertinos de la época, a fin de convencerlos que debían creer en Dios por su propia conveniencia; apostar que Dios existe, significa vivir de acuerdo con esta creencia y someterse a la disciplina cristiana. El "pari" pascaliano, que importa hasta cierto punto la aceptación de un riesgo, ha sido objeto de críticas y de controversias, y recuerda la posición de

Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

El trozo más bello, más patético de "Los Pensamientos", nos parece el del Misterio de Jesús. "Le Mystère de Jésus". Pascal evoca al Salvador sufriendo en su Pasión los tormentos que le causan los hombres. En el huerto de Getsemaní Jesús busca algún consuelo en sus tres amigos más queridos, pero ellos durmen, "está sólo en la tierra", y se acongoja ante "el abandono en el horror de la noche"; "entonces se queja como si no hubiera podido contener el dolor excesivo, y exclama: mi alma está triste hasta la muerte". Y agrega Pascal estas profundas y emotivas frases tan características de su personalidad: "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo". "Jesús ha rogado a los hombres y no ha sido escuchado", "mientras sus discípulos dormían, ha operado su salvación"; así como Cristo se alejó de sus discípulos para entrar en la agonía, el hombre debe alejarse de sus más íntimos para imitarlo, y estando Jesús sumido en la agonía y en las más grandes penas, debemos nosotros orar mayor tiempo. A continuación hallamos los dos conceptos más sublimes y más impregnados de caridad del fervor pascaliano: "Consuélate: tú no me buscarías si no me hubieras encontrado" y "Yo pensaba en ti en mi agonía; he derramado tales gotas de sangre por ti". Ambos pensamientos, que nos muestran a un Redentor acogiendo con los brazos extendidos a todos los que lo buscan y derramando su sangre por todos los hombres, están muy alejados de aquel jansenismo desconsolador de un Cristo trágico con los brazos en alto, según el cual la gracia se otorga a muy pocos, y la eterna salvación alcanza únicamente a un número reducido de almas. Se confirma este aserto cuando Pascal nos muestra a Jesús diciendo al hombre: "es mi negocio tu conversión; no temas, ora con confianza... Los médicos no te curarán, pues morirás al fin. Pero soy Yo quien cura y hace al cuerpo inmortal".

Además de su sentido apologético, "Los Pensamientos" consideran otros temas de orden espiritual, y nos dan la clave de la filosofía pascaliana; analizan al hombre en los más recónditos repliegues de su alma; ven su grandeza y su miseria; enfocan al ser humano del siglo xvii y de todos los tiempos en sus virtudes y en sus defectos, en su amor propio, en su afán de huir de sí mismo, en su necesidad de divertirse, en la engañosa influencia de su imaginación perturbadora. Encontramos también en esos fragmentos admirables, observaciones bastante atrevidas acerca del régimen absoluto imperante en la época en que fueron escritos, en efecto, en ellos se afirma que "no pudiéndose hacer que lo que es justo sea fuerte, se ha hecho que lo que es

fuerte sea justo”, erigiéndose la fuerza en “reina del mundo”. Que actual nos parece en el mundo contradictorio de hoy día la conocida frase de Pascal, “verdad más acá de los Pirineos, error más allá”.

No siempre “Los Pensamientos” nos reconfortan. Nos inquieta y desorienta el espanto de Pascal ante el silencio eterno de los espacios infinitos; el hombre al verse frente a los “tremendos espacios” que lo encierran, lo único que conoce con certeza es que debe morir pronto. La contradicción es el signo de la condición humana según Pascal; para él “el hombre no es ángel ni bestia, y la desgracia quiere que quien desea hacer el ángel, hace la bestia”. “¡Qué quimera es el hombre! ¡qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicciones, qué prodigio! Juez de toda cosa, imbécil gusano de tierra, depositario de lo verdadero, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y desperdicio del universo”. Terribles conceptos paradójales de exaltación y de humillación al mismo tiempo. El juicio es amargo y escéptico cuando dice que “no vivimos nunca, pero esperamos vivir; disponiéndonos siempre a ser felices es inevitable que no los seamos nunca”. “Deseamos la verdad y sólo encontramos en nosotros incertidumbre. Queremos la felicidad y hallamos miseria y muerte”. Para el apologista cristiano “no hay certidumbre fuera de la fe”. El pesimismo angustioso y el escepticismo desaparecen cuando se enfrenta con la verdad de Cristo.

El final de la corta existencia de Pascal no se conoce con precisión; hay opiniones diferentes al respecto; por una parte se ha aseverado que cesó la publicación de las Provinciales en marzo de 1657 por escrúpulos de conciencia, al darse cuenta de que había ido demasiado lejos en sus ataques, y de que entonces se operó en él como una tercera conversión, dejando definitivamente al jansenismo. Tampoco se han aclarado el motivo de su alejamiento de Port-Royal y de una eventual ruptura con los solitarios; se ha sostenido que ello se originó por la firma del formulario que exigía la autoridad eclesiástica condenando las cinco proposiciones de Jansenius como contenidas en su libro “Agustinus”; Pascal se habría negado a firmarlo.

Sus últimos años fueron de austeridad, de penitencia, de desprendimiento absoluto de los bienes materiales, de intensa caridad. “Amo a los pobres, expresaba, porque Jesucristo los ha amado. Amo los bienes porque dan el medio de asistir a los miserables”. Agravada su frágil salud, tuvo atroces sufrimientos, que soportaba con admirable resignación, y decía a aquellos que se afligían con sus dolencias: “No me compadezcáis; la enfermedad es el estado natural del cristiano”. Falleció en París, joven aún, a los 39 años, el 19 de agosto de 1662, asistido

por el cura de Saint-Etienne-du-Mont, su parroquia. Cuando el sacerdote lo interrogó sobre los misterios de la fe, Pascal le contestó: "creo en ellos con todo mi corazón"; en esta frase postrera reafirma su integral ortodoxia católica y la preminencia del corazón sobre la razón para encontrar a Dios. Fue sepultado en Port-Royal des Champs, pero cuando en 1710, Luis XIV, en su furor antijansenista, ordenó arrasar el monasterio, sus restos fueron trasladados a París, a la iglesia de Saint-Etienne-du-Bont, donde hoy reposan; allí, frente a la pequeña lápida de mármol que lleva su nombre, le hemos rendido nuestro tributo de veneración y de gratitud.

Han pasado tres siglos desde su muerte, y la presencia de Pascal en vez de alejarse se hace cada día más actual. En el vasto campo intelectual francés, Pascal se alza como una figura cumbre, solitaria, aislada en su grandiosidad, diferente a cualquiera otra. Hay en su obra una fuerza indefinible, casi mágica, que sacude a nuestras mentes. Su filosofía sigue proyectándose hasta nosotros con toda la singularidad de su estructura; nada tiene de cartesiana, porque para Pascal "Descartes es inútil e incierto", y además está lejos de la escolástica.

Admiramos en el autor de "Los Pensamientos", al genio original y múltiple, al descubridor científico, al psicólogo sutil y penetrante, al escritor excelso, espontáneamente artista, al visionario místico de arranques patéticos, apasionados y bíblicos, al hombre excepcional y al cristiano asceta de santidad heroica.